

Un texto poco conocido de José Revueltas

José Revueltas es una leyenda, sus luchas políticas y su inmensa literatura lo han convertido en una especie de mito. En un país cuyos intelectuales van y viene de una ideología a otra o, mejor dicho, de un partido a otro, de una adulación a otra, donde están del lado del poder, él prefirió ser crítico, marxista, revolucionario. Vivió con decencia y modestia, sobre todo mantuvo una coherencia a prueba de represiones. Su obra arranca con *Los muros de agua*, novela que refleja sus años iniciales de prisión y concluyó prácticamente con *El apando*, soberbio trabajo en el que expone sus experiencias en Lecumberri. En 1943 fue con un grupo de amigos a ver cómo estaba la situación en América del Sur, eran años de guerra y nadie estaba exento de padecerla en su propio territorio. Uno de los reportajes de Revueltas que en ese momento tenía veintinueve años, relata su paso por Ecuador y su relación con algunos de los escritores de ese país pequeño y hermoso, como Demetrio Aguilera Malta, novelista que más adelante viviera muchos años en México. El texto del admirado Pepe lo tomamos del Suplemento Institucional, publicación de la embajada mexicana en Ecuador, del 15 de septiembre de 2005, y lo ofrecemos ahora a nuestros lectores como un modestísimo homenaje a ese extraordinario escritor que fue José Revueltas. Que valga para conocer más a fondo su periodismo; su literatura es famosa y memorable.

El Búho

Aproximación a la costa ecuatoriana

A comienzos de 1943, el escritor mexicano José Revueltas y un pequeño grupo de amigos realizaron un viaje al Perú por vía marítima que no estaba exento de riesgos, pues los alemanes surcaban los mares sudamericanos y México ya había declarado la guerra al eje Roma-Berlín-Tokio. Revueltas cubrió ese viaje en una serie de reportajes para una revista mexicana entre los que destaca el que dedicó

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

JOSÉ REVUELTAS



Horacio Salcedo

para la memoria histórica



Daniel Zamitiz

a la escala que hizo en Ecuador. Revueltas, quien a la sazón tenía 29 años, aún no es el novelista de inmensa calidad en que se convertiría seis años más tarde, con la publicación de *Los días terrenales*, pero en estas páginas entrega una estampa de Guayaquil que sin duda será del interés de nuestros lectores.

Parece como si fuéramos a descubrir el secreto mismo de la tierra, su más claro misterio; reina a bordo una asombrada animación y todos con impaciencia nos disponemos a traspasar la línea ecuatorial. Habrá un rito mari-

nero; serán colocadas las mangueras y todo el mundo recibirá su ducha, mientras el dios Neptuno, salido de las aguas, contemplará a sus vasallos desde el olímpico trono que ya se improvisa en cubierta, por el lado de popa. A las cinco en punto de la tarde, silba la sirena de nuestro barco y, simultáneamente, todas las alarmas. Una lluvia de chorros de agua baña a los presentes y el dios Neptuno -un guardiamarina con barbas de cañamo, corona de cartón y tridente de madera- lee, en mitad de la algazara, su bando inmortal, en el cual se dictaminan los castigos que el rey de las aguas

impone a los humanos que han osado invocar-
lo. Corre por cubierta, empapado, el ingeniero
Gallo; Benítez Rueda, junto a un cañón de
101.6 mm, a impulsos del fuerte choque de la
manguera; el comandante recibe a su vez, en
pleno pecho, la furia violenta del chorro y
en todos hay, de pronto, un regreso inopinado a
la más franca infancia. Cuando sube, de las
entrañas del barco, la marinería, la batalla cobra
caracteres de motín; ya es una lucha ruda, en
que, divididos en bandos, los hombres de cubier-
ta fingen una alegre guerra acuática. Media hora
después, todos exprimimos nuestros pantalones
y camisetas, mientras los exponemos al sol y al aire
para que se sequen.

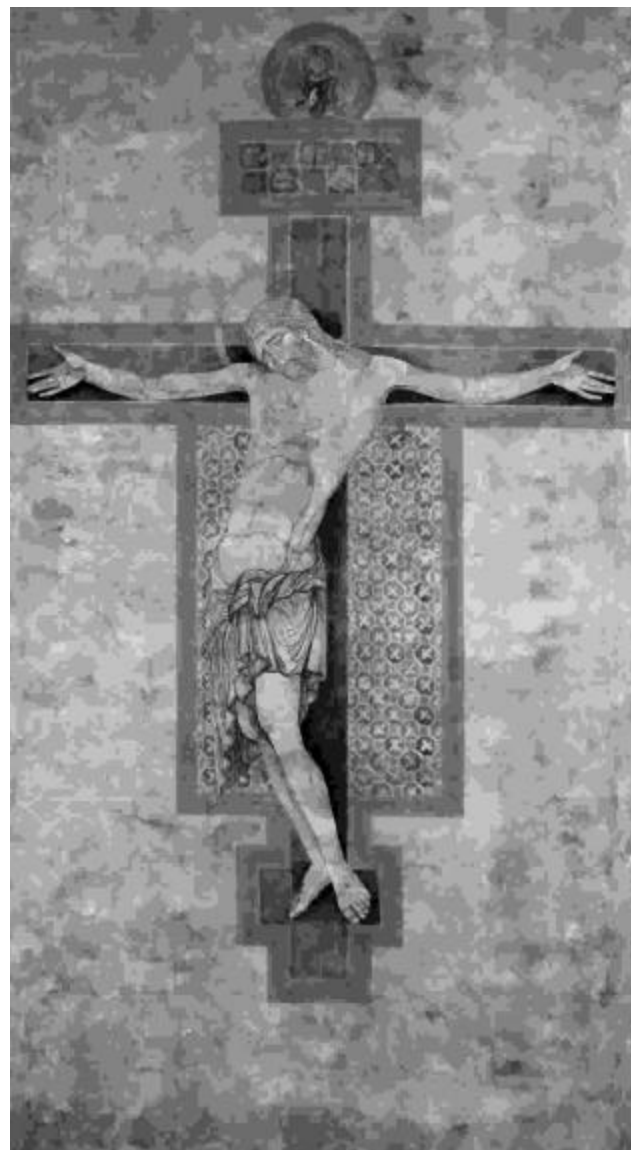
Estamos en el hemisferio sur y el gran alivio de
haber abandonado Panamá llena, plenamente,
nuestros corazones.

Prosigue nuestra lenta travesía, hasta que por
la tarde del día siguiente distinguimos el agrio per-
fil de la isla Puná, a la entrada del río Guayas. El
gran hermoso Guayas anticipa con su color la pre-
sencia de la tierra ecuatoriana. El mar nos muestra
un verde camino, entre sus aguas de un azul negro.
No parece natural, sino hecho, urdido por fantasio-
sos coloristas, el Guayas impetuoso, profundo,
lleno de grandeza. Muy adentro del Pacífico lo
encontramos, casi vencedor como un guerrero que
lucha por no desvanecerse, ya en el momento final
de la carrera, y se le distiende no obstante el
cuerpo, rudo cíclope solitario, vencido, aprisiona-
do por la fuerza sin medida del mar.

Avanzamos ahora por las aguas del Guayas,
aproximándonos, sin peso, como en un sueño, a

la costa del Ecuador, y pronto Puná se yergue,
sola, isla invadida. La penetran las aguas, los
esteros, los pantanos dormidos, y en su costado,
frente a nosotros, se levantan las casuchas de su
pueblecito pequeño y pobre, la iglesita menuda,
mexicana casi, y la gente llena de asombro,
inmóvil, con algo de fotografía ingenua.

De pronto, como un peso enorme; como
una cadena sin ruido, cae la noche; es una
noche alarmante, fea, noche anterior al mun-
do: no existimos dentro de ella, hemos perdido



Esther González

el cuerpo y la voz, y sólo la sirena desgarradora de nuestro barco gime, llora con espanto.

Por fin Guayaquil, alumbrado y gracioso. No nos resistimos a desembarcar y a meternos en sus callejuelas, en su lento calor movido por espesa brisa sofocante.

Llegan los negros de Esmeralda con su marimba. El dueño de la taberna es un negro alto, adormilado, que tiene los brazos inmensos y los ojos pequeños, como semilla de girasol. Se sienta junto a nosotros y empieza a dormir, para despertarse, tan sólo y justamente, cada vez que terminamos el vaso de mala cerveza.

Tiene algo de lagarto, este negro fabuloso. De lagarto o de serpiente, que mira desde sus



Rigel Herrera

somnolientos rincones, con lentitud, como si mirara desde sus antepasados.

-Ya llega la marimba- silbo.

Y vemos entonces a los esmeraldeños, cinco negros fantásticos. La marimba consiste en instrumentos desconocidos: una especie de marimba compuesta de teclas de junco cuya caja de resonancia está llena de agua; un tambor inmenso, de cuero rudo y grueso; dos bongós largos y una maraca tubular. Marimba y tambor penden del techo, a una cuarta del piso, y empieza la canción.

Lo más primitivo, lo más desolado, lo más obsesionante. Aquello es la fiebre, la palabra repetida, el ruido bajo, acompasado, terrible. Toca un negro el tambor con la palma de la mano: tantan, tantan, y los bongós contestan, mientras la maraca finge el ruido de una serpiente de cascabel.

Quebrándose, como un llanto de niño enfermo, la marimba realiza un contrapunto hiriente, que se pierde casi en medio de las sombras descabezadas, siniestras de los demás instrumentos. Se trata de la música negra de la Sierra; de las cabañas sombrías que yerguen su miseria junto a las riberas espesas, inconcebibles, de los ríos; de la sensualidad alucinante de las negras, que aun tienen, quién sabe por qué, algo de bestia, de animal horroroso y sagrado. Todo esto rodeado de serpientes, lustradas por el misterio y la acechanza, y junto a ellas, los espíritus, la mala yerba dentro del cuerpo, la hechicería sucia, terca, viscosa.

Un negro viejo inicia, en falsete endemoniado, la canción:

Remeneate caderona...

Y los otros cuatro negros le contestan el aire ausente, litúrgico: "Reemeneate, reemeneeeate, caaaaderooooona... No se oye otra cosa, como si el cerebro estuviese poseído por la fiebre. "Remeeneate, remeeneate", y de pronto, a la mitad del patio, sale una pareja a bailar, los ojos entrecerrados, revolviéndose la cintura, mezclándose los cuerpos.

Nadie dice nada. Todo parece una ceremonia, una misa, un ritual. Aquello no es voluptuoso, sino sagrado, desnudo y, simultáneamente, atroz.

El dueño de la taberna, altísimo, con sus brazos largos, que le llegan a las rodillas, hace un movimiento y choca la palma de sus manos.

- ¡Eh, esmeraldeños -grita-, basta ya!

Cesa la música y el negro se estira sobre la

silla, para tornar, lentamente, a su sueño. Un sueño que ha de haber comenzado hace mil años, entre los caimanes de algún río.

Cárdenas, Lombardo, Cantinflas, son los tres mexicanos más populares en los países sudamericanos.

Los guayaquileños abrigan una discreta ironía hacia sus monumentos. Se burlan muy quedamente de las estatuas de Sucre y Bolívar, donde el artista, boliviano puro, agrandó a su capricho la estatua del Libertador. El monumento en cuestión, trazado como hemiciclo, se levantó frente a la avenida 9 de Octubre y no deja de tener cierta belleza municipal, inclinada siempre, como se sabe, a las formas clásicas. De la estatua de Olmedo, los ecuatorianos difunden una leyenda en que afirman no es otra la figura que la del propio lord Byron,



Angel Mauro

adquirida por el Gobierno, de ocasión y a falta de otra que se pareciese a Olmedo. El perfil, la frente noble, el gesto orgulloso y petulante hacen pensar efectivamente en el poeta inglés. Pero bellos monumentos sí los tiene Guayaquil, en la plaza Centenario, donde se muestran obras de Querol. Heliodoro Valle pretende –y es de creerse– que a una de las figuras de Querol que representa la patria, le llevan los jóvenes, de tan hermosa, serenata y música cada madrugada. En todo caso, la plaza Centenario se ilumina siempre con la presencia de los guayaquilenses, vivas estatuas morenas o claras, que caminan con un ritmo lleno de armonía y delicadeza.



Guillermo Ceniceros

En la librería del poeta Pedro Vero se reúnen los jóvenes intelectuales de Guayaquil: Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Rojas y otros. Representan estos vigorosos escritores ecuatorianos un movimiento profundo, noble, que trata de penetrar las propias esencias del Ecuador y la propia dimensión sentimental, emocional, de América. El primero con quien nos encontramos fue Enrique Gil Gilbert, segundo lugar en el concurso de novelas latinoamericanas, donde Ciro Alegría obtuvo el primer premio. Tiene Gil Gilbert treinta y dos años, es recio, alegre, simpático. Su prosa es simple y aguda, trazada con mano de buen escritor. Como todos los escritores ecuatorianos, tiene la preocupación de su pueblo, del sufrimiento de su pueblo, de sus alegrías y de sus esperanzas. Se agrupan los intelectuales ecuatorianos en una sociedad de artistas y escritores que fue el resultado de la fusión de los llamados grupos “de Guayaquil” y “de Quito”, en cierto modo rivales. Como el más maduro de los escritores jóvenes del Ecuador, figura Jorge Icaza, autor de Huasipungo, Choclos, Media vida deslumbrados y En las calles. Su estilo es áspero, crudamente realista, excesivamente nacional. A veces muestra ciertas tendencias al abuso de la tesis, presentada sin habilidad y a base de símbolos vulgares, lo cual hace perder a su obra reciedumbre y belleza. Pedro Jorge Vera, que si bien en el teatro deja mucho que desear –vacilante, inexperto–, en la poesía tiene finura, emoción, aciertos. El grupo en su con-

junto es ejemplo de generosidad, de trabajo, de camaradería. En pocos países, en efecto, puede verse el espectáculo de toda una generación entregada a la lucha social junto a la lucha en el terreno de las letras, y entre los escritores del Ecuador no hay falta más grave que la indiferencia hacia los problemas del pueblo o del país.

¿Cómo no decir que se advierte, en el ecuador, cierto resentimiento, cierta amargura nacional, a causa del conflicto con el Perú? Sin embargo, el movimiento obrero tiende principalmente a establecer una auténtica fraternidad con el pueblo peruano, por encima de las fronteras. Un dirigente ecuatoriano me decía, en vísperas de nuestra salida al Perú: “Diga usted en el Perú que esperamos una delegación obrera de Fraternidad. Nosotros mandaremos una delegación ecuatoriana. Esto cimentará definitivamente nuestras relaciones”. Parece ser que Lombardo Toledano, a su paso por el Ecuador, propuso este intercambio, sin duda algo ejemplar cuando llegue a realizarse. El hecho de que Ecuador cuente con una juventud intelectual tan honrada, habla mucho a favor de sus destinos del futuro. País pequeño, pobre, con un pueblo lleno de sufrimientos, el Ecuador, no obstante, está forjando sus mejores armas morales, su cultura nacional. Más de una veintena de nombres pueden citarse, que constituyen la corriente cultural más seria, más responsable. Todos ellos ocupados en crear una inquietud ecuatoriana, en descubrir tal inquietud. A los de Aguilera Malta, Gil Gilbert, Icaza, Jorge Vera, Ángel Rojas, pueden agregarse los de

Sacotto Arias, Raúl Andrade, Jorge Carrero Andrade, Gallegos, Humberto G. Mata, Pareja Diezcanseco, Humberto Salvador y otros más.

Nos preguntaron los ecuatorianos que impresión había causado en nosotros el doctor Arroyo del Río, durante su visita a México. La dijimos francamente Arroyo del Río nos pareció un funcionario ejemplar, civilista, universitario, democrático. Era alentador contemplar que en América, donde generalmente gobiernan los ineptos, gobernase un hombre como Arroyo del Río. Nuestro interlocutor se encogió de hombros escépticamente.



M. Tarbados

-¿No saben ustedes que el doctor Arroyo es el abogado de todas las empresas extranjeras? ¿No saben que sigue exactamente la política que ellas le fijan? -en seguida nos explicó la presencia, en todas las paredes de Guayaquil, de unas misteriosas vv, pintadas con tiza o chapopote. Esas vv quieren decir Viva Velasco, el hombre de mayor prestigio en el Ecuador, el político más honrado.

¿Quién es José María Velasco? interrogué a personas de diferentes criterios. Del jefe de la oposición me dijeron los gobiernistas que era “un loco”, y los velasquistas, más o menos lo que nos dijo esa persona que interrogaba sobre nuestro juicio en torno del doctor Arroyo: Velasco, hombre cabal, recto, antiimperialista, valiente, honrado. “En una palabra -explicaron-, tal vez el Lázaro Cárdenas del Ecuador”.

A propósito de nuestros prestigios nacionales en el extranjero, se puede hacer una tabla singular. Desde luego que Cárdenas es el hombre más admirado, tanto por las izquierdas como por las derechas se considera al general Cárdenas como una especie de adelantado de América, el hombre que la representa, más claramente, con mayor propiedad, en sus anhelos y en sus esperanzas, ante el mundo. En seguida, y no sólo en el movimiento obrero, Lombardo Toledano. La gente tiene confianza en la obra de Lombardo, admira tal obra y tiene puesta en ella una gran esperanza. Junto a la solidaridad oficial de los países americanos, muchas veces solidaridad de puras apariencias, se juzga que la obra de Lombardo es la

que realmente crea y establece una unidad americana, sólida, estable. Ni los propios enemigos dejan de ver que la labor desarrollada por Lombardo Toledano se traducirá, en el futuro próximo, en una de las armas más eficaces de nuestros pueblos para hacer frente a los problemas de la posguerra.

Sin embargo, el más popular de los mexicanos es Cantinflas. Aunque a veces no se le comprenda del todo, su sola presencia enloquece de alegría a las gentes. El público hace fila ante las taquillas de los salones cuando se anuncia una película de Cantinflas, y después comenta con calor las virtudes de nuestro gran cómico. Al cine nacional -haciendo a un lado sus defectos-, le debemos mucho de la gran simpatía que México despierta en los países de Sudamérica.

Nuevamente nos encontramos sobre el río Guayas. Es treinta de diciembre. Recibiremos el año nuevo en alta mar, en las sombras de nuestra embarcación.

Recuerdo los mendigos flautistas de Guayaquil. Cómo a las puertas de los restaurantes, de los hoteles, hacen gemir su pequeño instrumento de carrizo, mientras demandan lastimeramente “un medio sucecito”.

El imponente Guayas transcurre agua, madera y sombra. En medio de una vegetación sombría de tanta fuerza, abandonamos Guayaquil. El mar abierto nos deparó su inconmensurable lecho.